

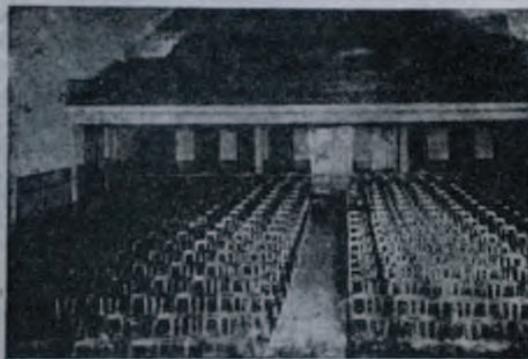
Salón Reina Victoria

Empresa Perez y Marín

Teléfono núm. 100

Magnífico salón, capaz para cerca de mil espectadores. Local adecuado, con todos los adelantos modernos. Aparato cinematográfico último modelo. Construcción incombustible. Atracciones sensacionales. Películas escogidas de las mejores marcas. Variedades selectas.

Es el sitio más agradable de Rentería



Anuncio publicado en la Revista «RENTERIA» en el año 1925.

CINEMATOGRAFOS EN RENTERIA

Julio Gil

En 1895, los hermanos Lumière, construían el primera aparato para tomar y proyectar películas, siendo otro compatriota suyo, francés, Francis Meliés, quien comenzará en la misma fecha a realizar películas, teniendo en su haber más de 400, rodadas hasta 1914.

Y es en 1908, cuando se abre el público en Rentería, el primer cinematógrafo, que se instaló en el antiguo Salón Teatro del Orfeón Renteriano, encima de la antigua Alhóndiga, donde ensayaba la Banda Municipal, en el solar hoy convertido en jardines, (?), frente a las Escuelas Viteri.

Eran los propietarios del Cine Renteriano: D. Policarpo Huici, D. Timoteo y D. Paz Zalacain, D. Ramón Illarramendi, D. Mariano Lorente y su cuñado, D. José Navascués, a la sazón, corresponsal de «El Pueblo Vasco».

La sociedad se constituyó con un capital de 1.800 pesetas, con aportaciones personales de 300 pesetas cada uno.

El aparato de proyecciones se componía del crono, o dispositivo por donde se desliza la cinta y de una linterna que producía el foco de luz. El primero, adquirido en la Casa Gaumont, y la segunda, de la casa Pathé Frères.

Como las películas, obviamente, eran mudas, los explicadores o narradores, eran cargos esenciales, precisándose personas ocurrencias o parlanchinas, para relatar lo que se estaba exhibiendo, y constituían un auténtico quebradero de cabeza para las empresas del cine.

Entre varios de esos «lenguaraces desaprensivos», como los clasificaba un cronista de la época, hubo uno al que se le daban ¡doce pesetas! y exigió quince. A tal grado llegaban sus ínfulas.

A pesar de ciertas oposiciones —que innovador no las tiene— se trabajó la temporada invernal con fruto económico, puesto que todos los empleos estaban a cargo de los socios.

La entrada costaba diez céntimos y para llamar la atención a la presunta clientela, había sobre la puerta del cine, un timbre acoplado a una bombilla, que de forma intermitente sonaba y se encendía, simultáneamente.

La nueva ordenación sobre cines, obligó a la disolución de la Sociedad, y todos los enseres, con aparato y proyectores, fueron adquiridos por D. Miguel Goenaga, entonces propietario del famoso Café de la Paz, donde lo instaló.

Dicho café, que conocieron muchos renterianos que peinan canas, daba a la Plaza de los Fueros y a la calle Viteri, donde hoy están la droguería Echeveste y Calzados Elizondo, en Viteri y Fueros, respectivamente.

Su éxito estaba asegurado al anochecer, al final de los bailables de la Alameda. No se pagaba entrada; sólo había que hacer el gasto mínimo de ¡30 céntimos!, que es lo que se cobraba por una botella de gaseosa...

Pero hubo también otro cine en los años de referencia, y se le puso de nombre de Cine del Café de la Amistad, que estaba situado en donde se encuentra la zapatería de Apezteguía, en la calle de Viteri. En lo que ahora son jardines del mencionado establecimiento, había una fábrica de achicoria, propiedad de don José Pérez, relevante personaje de aquella época, que quiso comprar la máquina que se retiró del primer cine, y al no conseguirlo, adquirió otra y la instaló detrás de la Amistad. Era su operador, Severiano Imaz.

Después se instaló otro proyector en el Círculo de la Coalición Liberal, hoy ya derruido, junto al Salón Reina Victoria, llegando a una época en que funcionaron las tres salas.

Por aquel entonces, se hizo un ensayo de cine en la Mutualidad Catequística, mediante un donativo que se hizo expresamente para este objetivo. Con el aparato del Centro Católico de San Sebastián, de igual manejo que la del primero reseñado anteriormente, se comenzaron a dar sesiones en los bajos de la casa del señor Loidi, —hoy bar Jardín— entre Viteri y Capitanenea, donde estaba la Mutualidad.

Visto el éxito de público obtenido por esta nueva Sala, a base de películas morales, se concibieron ideas más ambiciosas, y simultáneamente se construyeron los edificios de On Bide, además del Salón Reina Victoria, erigido a instancias de una sociedad constituida por conocidos señores, entre los que se hallaba D. Timoteo Fombellida, propietario del Panier Fleuri, que aunque palentino, amaba a esta tierra como un vasco más. Y aquí dejó su vida. El fue el que más se ocupó en los primeros tiempos del «Reina», hoy Victoria, e hizo que su espléndida instalación progresara, dado el gran gasto que supuso que en una Villa como Rentería, se dieran programas con las últimas películas llegadas a la capital.

Y poco más que referir en este tema, que salvo el Cine del Batzoki, el Cine Alameda, no ha habido más variación, desde el año 1923, en que surgieron el Cine On Bide, y el Salón Reina Victoria.